

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 1-3): *Venid y comprad, sin dinero y de balde.*

Salmo (144, 8-9.15-16.17-18) «*Abres tú la mano, Señor, y nos sacias*»

2ª lectura (Romanos 8, 35.37-39): *En todo vencemos gracias a aquel que nos ha amado.*

Evangelio (Mateo 14, 13-21): *Dadles vosotros de comer.*

Siempre resulta reconfortante descubrir que la palabra de Dios es el verdadero pan que alimenta. Pero también es cierto que frente a este pan nutritivo hay otros productos que halagan más nuestros gustos y que se nos ofrecen como sucedáneo más fácil de digerir. La verdad es que ningún sucedáneo podrá nunca sustituir definitivamente la exquisitez del pan de la palabra divina. Y no existe mejor forma de apreciar este pan que el tener hambre de esta palabra; nada extraño que la abundancia de otros alimentos no nos permitan sentir hambre de pan.



Isaías nos brinda la imagen del vendedor ambulante que ofrece en mejores condiciones pan, vino y leche, como alimentos sabrosos frente a aquellos productos más costosos, que ni alimentan ni sacian al que los compra. La imagen se ofrece a los judíos desterrados en Babilonia, que sufren el castigo de haber invertido todos sus recursos en conseguir su bienestar prescindiendo de la oferta de Yahvé, su Dios, les venía haciendo. Ellos pensaron que había otras potencias superiores a Yahvé, y pactaron con ellas, descuidando la alianza sagrada que tenían con su Dios. Esa alianza que habían sellado en el desierto, cuando ellos sentían verdadera hambre y sed, cuando ellos no podían atribuir a nadie que no fuera Yahvé todos los beneficios, que le permitieron atravesar y superar las dificultades del desierto e instalarse en la tierra prometida. No podían en el desierto permitirse el lujo de prescindir del pan con que Yahvé les alimentaba. Durante cuarenta años, enseñó Yahvé a su pueblo a apreciar y desear el verdadero alimento, que le permitía subsistir como pueblo de Dios.

El mayor enemigo del bienestar del pueblo elegido fue el olvidar la gratuidad con que Dios le iba regalando. El pueblo comenzó a ocupar la tierra y a producir el pan con su trabajo y su esfuerzo, pero olvidó que todo ello era regalo de Dios y así se convirtió en avaricioso sin llegar nunca a sentirse satisfecho. Su afán se convirtió en desazón, su hambre en avaricia y acabó perdiendo el sentido del bienestar y de la paz. Volvió a ser esclavo de quienes le ofrecían pan al precio de su libertad. A este pueblo que siente hambre de recuperar su libertad, de volver a la tierra que Dios le regaló, a este pueblo que revive de nuevo la sed del desierto le brinda el profeta agua abundante y gratuita.

Y es que el ayuno forzado, el desierto inhóspito, los problemas acuciantes, son el despertador de la verdadera ser y hambre de Dios, pues ellos nos hacen descubrir las riquezas que Dios nos brinda. Los cristianos de Roma fueron invitados por Pablo a estimar el amor de

Dios por encima de todas las dificultades que había que superar para implantar el Reino de Dios a lo largo y ancho del imperio romano.

Es la muerte de Juan Bautista la que enmarca el evangelio de este domingo. La escena principal es la del milagro de la multiplicación, sí, pero convendría fijarnos en esta primera línea del texto. El evangelista relata que la noticia de la muerte de Juan ha llegado a los oídos de Jesús. No se nos describen los sentimientos de Jesús ante esta noticia, ¿sintió dolor, tristeza? No lo sabemos, pero sí sabemos que se marchó a solas a un lugar desierto. Quizás no sería extraño pensar que ante esta noticia Jesús buscó el silencio para reflexionar y orar por Juan a quien, sin duda, le unirían lazos afectivos.

La escena siguiente sí nos va desvelar los sentimientos de Jesús. La secuencia de verbos que describe el hacer de Jesús es esta: vio, se compadeció y curó. Lo primero de todo es ver, lógicamente. El ver es lo que posibilita que Jesús detecte que hay una multitud necesitada. A veces nosotros vemos, pero no hacemos nada o dirigimos la mirada a otro lado. El Señor ve, se da cuenta de la realidad y no la esquivo. El segundo verbo es el nuclear: Jesús se conmueve en todo su ser ante el sufrimiento del prójimo. No se ha blindado ante ese sufrimiento, su corazón ha sido alcanzado por la necesidad humana. Y esto es lo que le empuja a actuar. El hacer de Jesús no se queda solo en sentimiento, sino que se traduce en obras de amor: curó a los enfermos.

La preocupación de los discípulos es lógica: era tarde, estaban en despoblado y era una multitud la que los acompañaba. Según la razón humana lo más sensato era decirles que se marcharan a buscar alimento y cobijo. Pero Dios no piensa con la lógica humana. En las palabras de Jesús a los suyos no hemos de leer un reproche: «***no hace falta que vayan, dadle vosotros de comer***». Más bien Jesús quiere aprovechar esta ocasión para enseñar de nuevo a los suyos cómo piensa Dios.

Cinco panes y dos peces a todas luces son insuficientes para dar de comer a una multitud, pero Jesús obrará el milagro. Pudieron comer todos y se saciaron. Pero la gente, a buen seguro, no seguía solo a Jesús para poder obtener de él alimento. Muchos lo seguían porque deseaban oírlo hablar de Dios, escuchar de sus labios cómo es Dios. Estaban admirados de cómo acogía, escuchaba y trataba a la gente. Por eso muchos lo seguían. Esta hambre de Dios es la que sigue alimentando la vida de la multitud de los creyentes. Necesitamos este alimento.

Hoy todavía nos resistimos a la invitación de Cristo que nos manda dar de comer al hambriento, excusándonos en que son muchos y que no basta lo que tenemos para dar de comer a tanta gente. Mejor, decimos, que vayan a la ciudad y se compren de comer. Nos resistimos a dar de lo nuestro pensando que fue nuestro esfuerzo el que nos hizo más o menos ricos y olvidamos la generosidad de Dios.